

DESASTRES QUE ASOLARON EL VALLE EN LOS ÚLTIMOS 50 AÑOS DEL SIGLO XIX. INUNDACIONES Y LA EPIDEMIA DEL CÓLERA.



Riada del 11 de septiembre de 1891. Ilustración: Miguel Ángel Alonso.

Miguel Ángel Alonso Mellado

La Almería del siglo XIX ha sufrido prácticamente todos los desastres naturales calificables. La ocupación del territorio por el ser humano genera los conceptos de riesgo y desastre natural, acontecimientos que han estado muy presentes en la geografía provincial en el siglo XIX. Comenzó el siglo con el terremoto de 1804 que destrozó parte de la provincia siguiendo sequías e inundaciones, plagas de paulina y langosta, pasando por los fitológicos como epidemias. La intensidad de los mismos, en cuanto a número de víctimas y los daños materiales causados, también han provocado diferentes niveles de gravedad.



- • • • •
- Cuatro imá-
- genes de los
- distintos muros
- de protección
- de la Rambla de
- Albox que ha
- tenido a lo
- largo de su his-
- toria. Fotos:
- Miguel Ángel
- Alonso.
- • • • •

LAS INUNDACIONES

Realmente es una paradoja que en un medio como el almeriense donde las precipitaciones son tan escasas, los excesos del agua ocasionen importantes tragedias. Esta torrencialidad, que se suele dar en los meses de septiembre y octubre va unida a la ausencia de vegetación que retenga la tierra, provocando que la magnitud erosiva y destructiva de las riadas sea mucho mayor. Las riadas más importantes del siglo XIX fueron las de 1814, 1829, 1830, 1871, 1879, 1888, 1891 y 1900. Las más virulentas fueron las de 1879, 1888, 1891 y 1900.

Los habitantes del valle siempre han convivido con ese miedo a las avenidas de su río. Entre esos períodos, se aprovecha cada uno de los recursos que el Almanzora ofrece, incluso más, arrebatándole tierras para hacer los *paratos*, construir molinos y alguna que otra fábrica de mármol casi en el mismo cauce. La respuesta del río es siempre la misma, destrucción y muerte. Y vuelta a empezar.

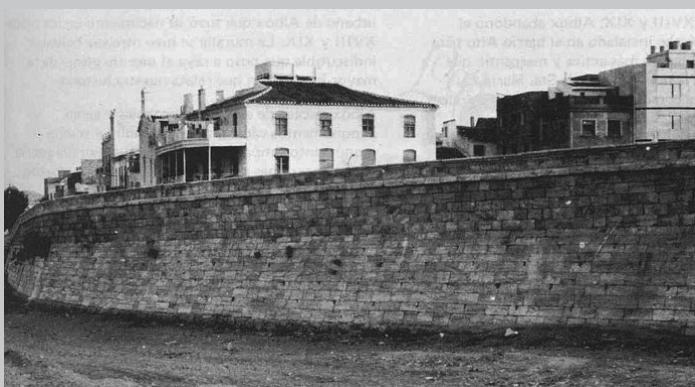
En este artículo nos centraremos en las riadas de 1879, 1888, 1891 y 1900.

1879

La sequía que azotó 1878 presagiaba que el siguiente año iba a ser igual, pero en los primeros días de octubre de 1879, unas nubes aparecieron por las sierras y se mantuvieron varios días, creando alarma entre los vecinos de lo que se podía presagiar, sobre todo en la Tetica Bacares, donde el nublado estaba más condensado. El día 14, un fuerte viento de levante aglomeró aquel imponente nublado en torno a las sierras. Alas 2 de la tarde, los truenos y los relámpagos fueron el preludio de una horrorosa tormenta. En la vasta línea que abarcaba la nube, a eso de las 4 de la tarde, el cielo tomó un color verdoso nunca visto, pareciendo que quería descender sobre el valle. Durante toda esa noche siguió lloviendo sin cesar, por lo que el río alimentado por las ramblas, tuvo una crecida de 5 metros y sus aguas se desbordaron en toda la vega.

Según me cuenta Lola Oller, se llevó a los molineros del molino de los Albercoques en el Badil, subidos en el atroz en el que se habían refugiado, al entrar las aguas y no contar este con la puerta de escape. A raíz de esta desgracia, se hizo obligada la construcción de esta puerta en todos los molinos de la ribera del Almanzora. Los abuelos de Lola fueron molineros allí a partir de esta riada. La rambla de la Mulería en Cuevas se llevó a más de 40 personas. Tras la creación de una suscripción nacional para aliviar los daños de la riada en el levante español, se enviaron de urgencia a los pueblos una serie de fardos para asistir a los más necesitados, a Cantoria enviaron 2 de ellos por un valor de 1.700 pts. y compuestos por 12 piezas de lienzo, 2 piezas de bayeta, 2 piezas de terliz, 6 piezas de tartán, 6 piezas de patén, 12 pañuelos de mujer, 12 mantas de cama, 4 piezas muletón, 10 docenas de pañuelos de percal, 2 piezas "arabía" para camisas.

Una comisión visitó la comarca para conocer los



daños de la comarca, asignándose una serie de ayudas a cada municipio, con esta ayuda se pudo acometer una serie de obras, como en Cantoria para su iglesia, que al estar en obras, entró el agua por el tejado, pues estaba incompleto, además de destrozar algunos zonas de teja ya colocadas. Aunque en un principio iba destinada la ayuda a arreglar un puente arrastrado por la corriente, que unía el pueblo con la vega, pero se decidió que era mejor destinarlo a arreglar los daños del templo.

1888

En las inundaciones del Almanzora del 3 y 6 de septiembre de 1888, los desastres fueron tremendos. En torno a las 8 de la noche del día 6, un estrepitoso bramido del río Almanzora anunció a los vecinos de Cantoria que una gran crecida amenazaba con inundarlos; por lo que huyeron despavoridos hacia la zona alta de la ermita, desde donde pudieron contemplar la magnitud de la avenida, de 12 a 15 metros alcanzaban las aguas del río a la altura de Cantoria y haciendo que todos sus pagos se ocultasen debajo de esa mole de agua turbia. Allí se veía al propietario dando su último adiós a su fortuna, el colono llorando amargamente por el pan con que atender su subsistencia el próximo invierno, y todos, hombres, mujeres y niños, confundían sus lamentos y clamaban pidiendo a Dios misericordia. No fue solamente esto, si no que se hizo más grande el desconcierto al escuchar desde el margen opuesto a algunos vecinos pidiendo ayuda, sin que nada se pudiera hacer por ellos. Desaparecieron todos los molinos hidráulicos que había a ambos lados, perdiendo 12 personas que los habitaban, 6 de ellos de la misma familia.

El año pasado estando en casa de Lola Oller, colaboradora a sus 90 años de la revista Piedra Yllora, hija y nieta de molineros, le pregunté por las inundaciones históricas del valle, en concreto por las de 1888, creyendo que no iba a saber nada, pero su respuesta fue, "...*cómo no me voy a acordar si estaban mis abuelos en el molino de los albercoques* (en el Babil, entre Almanzora y Cantoria) y *las aguas le quitaron a mi abuela al bebé de mantilla que llevaba en brazos cuando entraron por una puerta y salieron por la de atrás...*". Otra familia de molineros, compuesta por el marido, esposa y 2 niños pequeños, justo al intentar abandonar el molino, fueron sorprendidos por una crecida del río y le arrebató a los críos que llevaba en brazos el padre, se llevó por delante a la madre, y el cabeza de familia pudo agarrarse a la rama de un granado y salvar su vida.

La inundación dejó a Cantoria como inerte, sin poder asimilar lo ocurrido. En cuanto a los daños en sus campos podemos decir que la cosecha de maíz y hortalizas fueron totalmente perdidas; los frutales de las vegas, alamedas y defensas en las márgenes del río, destruidas; las tierras de los pagos, en su mayor parte arrastradas y sustituidas por grandes peñascos y arenales y las restantes de costosa reparación.

El pago contiguo al casco de Cantoria, era una superficie perturbada por fuerzas infernales, en que aparecen confundidos y amontonados fragmentos flagelados de potentes y variados árboles, edificios,

maderas, camas, puertas, utensilios de hogar, animales, pañochas, hortalizas, costales de grano y harina, ropa de todos usos, sillas, mesas, grandes moles de piedra, etc.

En lo que respecta al resto del valle, en Bacares la corriente arrasó 17 casas; 5 o 6 en Armuña; en Tijola también desaparecieron las magníficas posesiones del Marqués de Almanzora en el pago de la Algaida, junto con las del Marqués de Torremarín; en Somontín las aguas destruyeron casi por completo los barrios de Triana, de la Sierra y el del Calvario; en Sierro la granizada del día 6 arrasó la cosecha de uva, árboles y cuantos frutales y semillas había, e incluso el acueducto que surtía de aguas potables a la población desapareció casi en su totalidad. El puente de Overa estaba en construcción y sólo estaban los pilares centrales, pues si hubiera estado finalizado, las aguas hubieran saltado por encima unos cuatro metros, por lo que se replantearon acrecentarlo un poco más.

Ante el desastre, visitaron la comarca, el Ministro de Fomento Sr. Canalejas, en una berlina, junto con el Marqués de Almanzora y en otra tirada por 6 fantásticas mulas, el gobernador y los diputados Anglada, La Serna, Bernabé Soler y Toro. La berlina del Ministro cruzó sin más problemas el río, pero la de los diputados estuvo a punto de volcar y tuvo que ser auxiliada por unos 20 vadeadores, que consiguieron rescatarlos de las aguas que aún bajaban bravas. Sorprendió en ese momento que ningún vecino del valle solicitase auxilio económico y todos le reclamaron al Sr. Ministro trabajo ante tal desolación. El marquesado de Almanzora, según los peritos, perdió 2 millones de reales. Canalejas quiso descansar ese día en el palacio de Almanzora y después visitó Albox (en la que se le concedió el nombre de una calle) y Cantoria, no pudiendo seguir más arriba de Purchena por los destrozos en el camino.

1891

Albox estaba protegida desde tiempo inmemorial por una muralla o paredón de defensa, de cal y piedra, de más de 300 m. de largo, 5 metros de alto y un metro y medio de ancho, coronado en la plaza por una gran cruz de mármol blanco con una inscripción del año 1526, desde donde se podía apreciar toda la feraz vega arrebatada poco a poco a la rambla. Esta muralla fue construida en su mayor parte por los dueños de las casas de la calle Álamos



Ruinas del Molino de los Albercoques. Foto: Andrés Carrillo.



Grabado de las inundaciones de Cuevas del Almanzora de 1879. Propiedad de Miguel Ángel Alonso.

(hoy Silvela) que se comprometieron a hacerla siempre que el municipio les autorizase a avanzar sus viviendas hacia la rambla, hasta apoyarlas sobre el mismo muro que trataban de construir y así lo hicieron.

El viernes 11 de septiembre de 1891 amaneció con un cielo cubierto, sin que este espeso velo anunciara la terrible catástrofe que se cernía sobre los habitantes de Albox. Ya entrado el día, aquel cielo ceniciente parecía descender y estrechar ese hermoso y dilatado horizonte, hasta que envueltos casi por la oscuridad y una densa neblina, acompañada de una gran fuerza eléctrica que atronaba los límites de la población, como si quisiera

decirles que algo iba a ocurrir. En torno a las 11 de la mañana, comenzó la tormenta con una lluvia torrencial, no conocida ni por los más ancianos, que duró unas 3 horas con cortos y pequeñísimos intervalos de parada. Los más desafortunados que no consiguieron resguardo a tiempo y les sorprendió la tormenta en los caminos con sus caballerías o ganados, se les desplomaban estos, mareados por la falta de oxígeno, dada la inmensa cantidad de agua que caía.

Una magnífica mole de agua turbia y cenagosa se despeñaba con vertiginosa rapidez por el ancho cauce, cubriendo los extensos pagos y huertas, destruyendo maizales, arrollando el arbolado, tronchando alamedas y arrancando de cuajo cortijos enclavados en la rivera. Hasta 6 metros de altura alcanzaron las aguas en la vega y posteriormente hicieron de ariete contra el paredón protector de la población.

Ante la expectación surgida por el caudal de la rambla, los vecinos se agrupaban en la plaza viendo tan colosal espectáculo, hasta que a la dos de la tarde las aguas superaron el muro de defensa con una gran ola que caminaba sobre la ya crecida rambla y un grito desgarrador se escuchó en toda la plaza alertando de la desgracia que les acechaba. La Guardia Civil y los municipales dieron la voz de alarma, avisando a la población para que buscara refugio en los barrios-altos.

La escena era imponente y aterradora, toda la muralla que sobresalía sobre el piso de la plaza fue lanzada como débil pluma contra las fachadas de la iglesia, el mercado de abastos (actual pizzería), la fabulosa casa del farmacéutico José M^a Sánchez Navarro (convento), la de este, una magnífica vivienda



Antiguos restos de una fábrica de mármol entre el Marchal y Almanzora. Foto: Andrés Carrillo.



de 3 pisos, que por su esmerada construcción y solidez probada en anteriores avenidas, era la esperanza del pueblo; fue envuelta por la impetuosa corriente y hubo momentos en que la esbelta cúpula de su hermoso lucernario quedó oculta en el revuelto torbellino de las cenagosas aguas, junto con las casas del comerciante Tadeo Oller y el concejal José M^a Sánchez Oller (actual Centro Moda), llegando a alcanzar 3 metros de altura las aguas en las calles del centro. Por la extensa brecha abierta en el paredón de defensa se estableció una corriente que destruyendo la "Fonda de Galana" (antiguo bazar de Juansito), se extendió por la calle Álamos, Cruz, Carmen... arrasando toda la zona desde la iglesia hasta plaza Nueva, que era el límite Sur de la población.

El Sr. Rull, periodista del diario de Vélez Rubio "El Fomento", llegó a Albox esa mañana y decía "... infinidad de criaturas presenciábamos (desde la Loma) tan aterrador espectáculo y no se oían nada más que lamentaciones y desdichas. Era horrible aquel cuadro: el corazón mas empedernido tenía que afligirse con la presencia de aquella desolación...". La autoridad local y muchos particulares, se veían sin descanso acudiendo a los sitios de más peligro, salvando de muerte segura a muchos infelices que queriendo conservar algo de sus hogares se exponían a ser arrebatados por la corriente.

Un total de 8 avenidas castigaron la población desde que la primera lo hiciera a las 2 de la tarde, estas continuaron hasta las 4, con intervalos entre ellas de unos 10 minutos, destruyendo todo el centro de la población.

1900

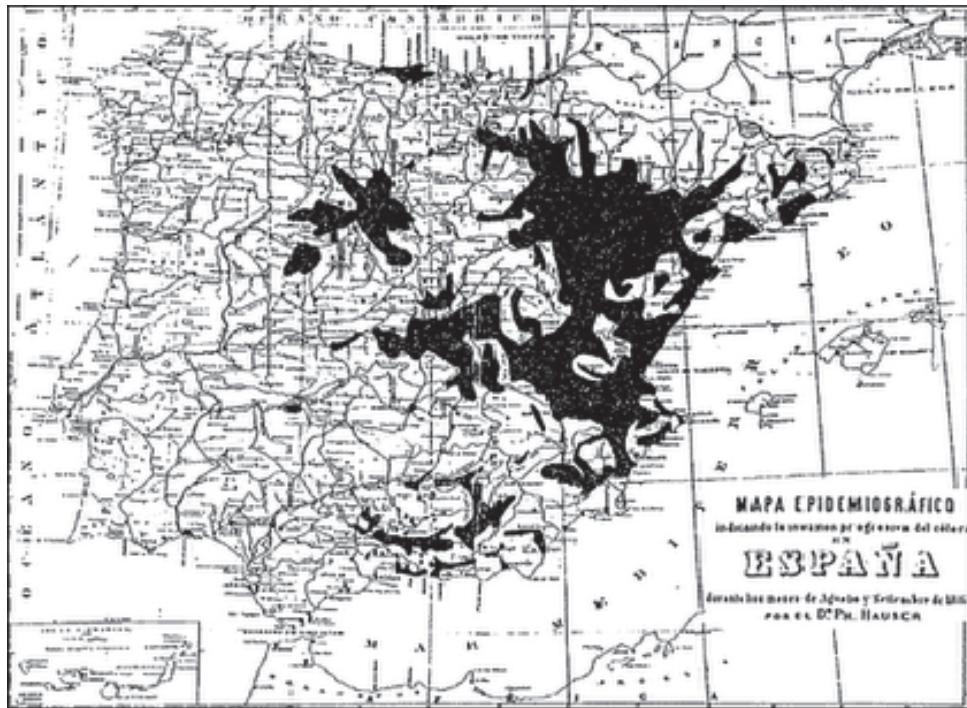
Esta riada fue especialmente trágica en Albox. Contaba en ese momento una población de 10.000 habitantes y era

a su vez el centro comercial de la comarca, a donde acudían gentes del valle y de la sierra de los Filabres en busca de géneros de los comercios de tejidos, ultramarinos, quincalla, etc. Como hemos señalado anteriormente, en 1891 había sufrido una terrible inundación que destruyó la parte baja de la población, situada en torno a la plaza mayor, por lo que gracias a una suscripción nacional se pudo construir un muro de defensa en la rambla que protegiera de una manera más eficaz.

En la tarde del 26 de junio de 1900, un cielo plomizo insinuaba que una gran tormenta de verano descargaría poderosamente. En efecto, desde las 7 de la tarde, con gran aparato eléctrico pareció desplomarse el cielo y una oscuridad casi total envolvió el pueblo. Los vecinos ante el aumento de las aguas de la rambla decidieron refugiarse en los barrios altos, ante el desastre que se gestaba. El reciente y flamante muro de defensa con sillería de las canteras de los Marcelinos contaba con una altura de 3,80 m, pero no pudo soportar la gran mole de agua que descendía de las sierras del Saliente y de Oria, también el agua embalsada en la ramblica empezó a entrar por la parte trasera de la plaza, a la vez que las de la rambla lo hacía por el muro. Una vez superados estos obstáculos, el agua campó a sus anchas por la población, destrozando en la iglesia el presbiterio, los bancos, confesionarios e incluso el Cristo tuvo que ser rescatado en una vivienda vecina.

Todo el comercio y las 3 farmacias fueron arrasadas, el Hospital de la plaza fue desalojado e instalados los enfermos en el salón de sesiones del ayuntamiento. El puente del ferrocarril de Almanzora fue destruido en su parte central, apareciendo los raíles un poco más abajo (según me cuenta Lola Oller), además de 3600 fanegas de regadío y 6 fallecidos en Albox, entre ellos el molinero Ángel Sáez (bisabuelo de los Sáez "de las almendras"). Al entrar las aguas en la plaza en el negocio de Luis Rodríguez, subió a los hijos menores al mostrador, el pequeño de sólo unos días, lo sujetaba la hermana, pero se le escapó de las manos y cayó a las turbias aguas que remolineaban dentro del local. El padre se arrojó pudiendo rescatarlo, pero al haber tragado agua sucia, el pequeño tuvo una infección y murió a los 2 días. Luis, en el esfuerzo, sujetándose de un hierro que sobresalía en la tienda para que no se le escapara el bebé, se hizo una herida que se le encangrenó y falleció al tiempo.

En la calle Carmen vivía una familia llegada hacía poco tiempo desde Albánchez y el padre, buhonero de profesión, al ver peligrar a la familia salió de la casa con su hija Guillermina de 8 años en brazos, hacia los barrios altos y con la intención de volver a por su esposa y los 2 gemelos de 13 meses; su mujer al ver subir las aguas dentro de la casa no pudo esperar más y decidió salir con los pequeños, pereciendo todos. La esposa apareció aún abrazada al pequeño Alberto atrapada debajo de una higuera a unos metros más abajo, donde está el monumento al arriero y la pequeña apareció en Villaricos.



Mapa Epidemiográfico del Córera 1884-1885 en España. Imagen: Miguel Ángel Alonso.

EPIDEMIAS: EL CÓLERA

Debido a las deficiencias sanitarias, la calidad de las aguas y a los escasos recursos que se contaban en los medios rurales, en los últimos 50 años del siglo XIX nuestro Valle, al igual que gran parte del país, sufrió tres grandes epidemias, en 1855 de viruela, en 1860 de sarampión y el cólera en el verano y en 1885 se repite el cólera. Esta fue la última gran epidemia de este siglo, y precisamente en Almería empezó en el Valle del Almanzora entre los días 10 y 25 de julio. Desapareció a finales de septiembre, lo que su duración llegaría a los dos meses.

El cólera es una enfermedad infecciosa que llegó a Europa procedente de la India entre 1817 y 1823, de ahí su nombre, **cólera morbo asiática** por su procedencia y por su mortalidad. En el año 1884 varias zonas de Europa y algunas del levante Español comenzaron a sufrir epidemias. Llegando a nuestra tierra como hemos señalado anteriormente, en el verano de 1885. Los enfermos mostraban un síndrome basado en vómitos y una excesiva diarrea, con heces líquidas sin mostrar apenas fiebre. Tras un periodo de incubación de 1 o 2 días, la muerte se producía por deshidratación en menos de una semana. El desconocimiento de la enfermedad llevaba a tener poco control sobre ella, pues se transmitía por el agua y por los alimentos. Una vez asentada la epidemia en la población, son las propias y abundantes deposiciones (unas 30 al día) las que contaminaban las fuentes y las ropas. En un primer momento los facultativos se limitaban a intentar atajar el brote mediante sangrías y lavativas.

La entrada del cólera en el valle del Almanzora parece ser que fue en Fines a mediados de julio de 1885, con un muchacho procedente de Mula, que al llegar a esta población cayó enfermo y falleció a las pocas horas. Pero el joven tenía parientes en Cantoria, Juan Antonio Castellanos García y Atanasio Castellanos Martínez, tío y un sobrino de la víctima, que fueron a Fines a asistirlo, y una

vez fallecido, ayudaron a amortajarlo. Después del entierro, llenos de aprensión y con el miedo a que fuera algo contagioso, cada uno se comió una onza de sal de higuera y como eran trabajadores del campo, uno se fue a sacar cáñamo de una balsa, cuyas aguas lógicamente estaban corrompidas y el otro se fue a una era para seguir trillando y en donde se comió una ensalada de pepinos contaminados. A los dos días habían fallecido ambos. Juan Antonio con 63 años y Atanasio con 54.

Estos hechos coincidieron con el regreso de los segadores de otras provincias a sus pueblos de origen en el valle, iniciándose las invasiones en torno al día 20 de julio en la mayor parte de los pueblos. Se intentó aislar a las poblaciones de los transeúntes y creando unos lazaretos o recintos para los infecciosos, donde pudieran estar contenidos. Se intentó

atajar la epidemia mediante la desinfección constante de calles y las casa de los afectados con azufre, desinfectantes líquidos y cal viva. Se prohibió a la población que beberan agua de las acequias. Incluso en Huércal se quemaban en las calles y plazas enebro y otros árboles resinosos. Conseguir que la población cambiase sus hábitos no era tarea fácil, pues toda la basura de las casas se arrojaba a las puertas o lo que es peor, la convivencia con los animales domésticos dentro de la propia vivienda hacía ya de por sí un ambiente insalubre. La verdadera arma de ataque del cólera era el agua, pues al no haberla de manera corriente, era muy fácil que las personas o los animales contaminaran las fuentes y curiosamente, cuanta más agua bebían para evitar la deshidratación más enfermos caían. El brote por este motivo no respetó clases sociales y salvo algunos ricos que pudieron alejarse a otras zonas donde no había aparecido la epidemia, los demás soportaron de igual forma sus ataques.

La máxima autoridad de la provincia envió a Cantoria 100 kilos de azufre para desinfectar y 1.000 ptas para cualquier necesidad urgente, a la misma vez que ordenó también a 2 médicos que se acercaran a la población con un maletín de medicinas y desinfectantes. En este pueblo se achacaba el brote a que el cementerio se encontraba sólo a 60 metros, por parte de



Iglesia de Fines a principios de siglo XX.
Foto: Andrés Carrillo.

Certificado de defunción de Atanasio Castellanos. Imagen: Miguel Ángel Alonso.

		Dia 17.	
	Abla	2 invasiones y	defuncion.
—	Adra	11 id.	4 id.
—	Albox 2 días	19 id.	9 id.
D-	Ármuña	2 id.	0 id.
—	Benitagla	3 id.	0 id.
O-	Cantoria	8 id.	0 id.
—	Cuevas	37 id.	0 3 id.
n-	Fines	0 id.	1 id.
s-	Finána	24 id.	0 9 id.
e-	Gador	6 id.	0 4 id.
I-	H. Ovra	4 id.	0 1 id.
—	Lúcar	1 id.	0 1 id.
—	Nacelamiento	2 id.	0 id.
—	Nijar 2 días	7 id.	0 2 id.
—	Otura del Río	2 id.	0 id.
—	Purchena	5 id.	0 id.
—	Santa Fé	1 id.	0 1 id.
—	Serón	18 id.	0 4 id.
—	Tújola	19 id.	0 2 id.
—	Vejerique	0 id.	0 2 id.
—	Zúrgena	6 id.	0 2 id.
Pocos días antes de cesar en el mando de la provincia D. Juan Giménez			

Parte diario del Córula en el Almanzora donde se puede observar el alto índice de mortandad diaria por esta epidemia.
Imagen: Miguel Ángel Alonso.

levante, de la población.

La labor de los facultativos ese verano fue de órdago, arriesgando sus vidas y la de los suyos para atender al innumerario número de enfermos. En Cantoria se distinguió la labor de Trinidad Fernández (abuelo del oftalmólogo Eduardo Fernández), reconociendo la prensa almeriense su labor en la atención de los infectados, al igual que las acciones caritativas de Amador Jiménez Molina, María Olmos Carvajal y Federico Ricardo de Liria.

El sacrificio de los 2 médicos de Albox fue muy alto, pues D. José de Arvide Sevilla y D. Tomás García contagiaron a sus esposas, falleciendo una a finales de agosto y otra en los primeros días de septiembre. Otro que obligadamente tuvo contacto con los enfermos fue el cura de Albox, Sr. Mijoler, falleciendo también. El hijo de 2 años del abogado José Antonio Alascio del Águila, que también sucumbió al cólera.

En Albox con una población de 9.100 personas, se originó la epidemia el 4 de agosto, con un total de 237 infectados de los que fallecieron 102 personas, cesando el 2 de septiembre. En Cantoria con 4966 habitantes, el primer caso de cólera se produjo el 16 de julio y hubo 267 infectados de los que fallecieron 90 personas. En Arboleas, de 331 casos, fallecieron 70 personas entre el 21 de julio y el 18 de septiembre.



El médico Trinidad Fernández con su esposa e hijos. Foto: Eduardo Fernández.

BIBLIOGRAFÍA:

Miguel Guerrero Montero. 1898: El fin de un siglo de desastres en Almería.

TESTIMONIOS:

Dolores Oller Jiménez.